

rehusais vuestro retiro, pues ya es justo que paseis el resto de la vida en el sosiego, sinó que desde hace algunos dias, se atarea como si tuviese veinte años. Estimo como se merece tanto celo, pero me opongo abiertamente a que sea perjudicial á su salud, por lo cual prohibo las veladas y trabajos extraordinarios con que hasta aquí os habeis recargado.

—Está muy bien y agradezco á V. la benevolencia con que me trata.

—Ahora refiriendome á lo que le indiqué al principio, pongo en su conocimiento que entra á formar parte de nuestra sociedad un amigo á quien aprecio; será pues necesario—aunque no tengo necesidad de decirlo—que tenga sus libros mañana á nuestra disposicion. No se lo he advertido antes, pues sé de positivo que los teneis siempre al corriente.

Nuestro héroe no pudo detener un movimiento de angustia y respondió balbuceando:

—Quedo enterado, mañana los presentaré, cual V. desea.

—Espero, replicó el gefe, para quien no pasó desapercibido este movimiento, que no verá en mi determinacion un acto de desconfianza, sinó una simple formalidad; hace ocho años no he revisado vuestros apuntes, pero ahora juzgo conveniente el ofrecer á nuestro nuevo asociado el que por sí mismo se asegure del estado de los negocios.

—Es muy justo, y nada he querido yo objetar.

—Por lo demás, añadió, aprovecharé esta ocasion para presentarle al cajero modelo, al *non plus ultra* de los tenedores de libros.

—¡Ah! exclamó el anciano, á quien estos elogios le ponian en un suplicio, yo no merezco, soy indigno....

—¡Que no sois digno! Yo os tengo, no solamente como el más fiel é inteligente de mis subordinados, sinó como el amigo más sincero y consultor constante en todos mis asuntos.

Y aquel digno gefe, como se ven ya muy pocos, tendió la mano á su cajero, quien la estrechó, vaciló un instante, y con los ojos humedecidos, salió sin pronunciar una palabra mas.

—No, murmuró al volver á su puesto; ya que no tengo valor para confesar mi delito, sabré hacerme justicia: esta sociedad acaba de darme el último golpe con exigir que exhiba mis libros. Mas.... me he engañado: ya ha aparecido un error en mi vida mercantil, y aunque sé que de mí no sospecharán, no podré afrontar en el dia de mañana cualquier reproche ó maliciosa sonrisa que me dirijan.

Sonaron en este momento las seis, é hizo conducir el libro mayor á su domicilio, á donde se dirigió, no sin antes echar tristes miradas á todos aquellos objetos que juzgaba no volver á ver mas.

A su llegada adopta un aire indiferente, carga con alguna